**DOMINGO IV ADVIENTO**

En este cuarto domingo de Adviento, ya muy cerquita a la Navidad, el evangelio nos habla justamente del misterio de la Encarnación. El momento en el cual el Ángel anuncia a María que iba a ser la Madre del Salvador. Un texto que lo hemos escuchado muchas veces y quizás ya sabemos de memoria la historia. Por eso es que en esta oportunidad los invito a rescatar algunos detalles del texto que nos pueden ayudar a adentrarnos en este misterio. Ubiquemos el texto.

1-Lugar: el hecho sucede en Nazareth, una aldea de la provincia de Galilea. Cercana al lago de Galilea o de Genesareth, el sector es productivo y rico: especialmente en la cosecha del trigo y en el trabajo de la pesca. Un pequeño oasis separado de los grandes desiertos cercanos. No es un lugar de grandes pensadores ni de intelectuales; menos aún de grandes conocedores de la Ley mosaica, pero sí de pobladores trabajadores, religiosos pero apartados geográficamente de la grande Judea, de la Jerusalén majestuosa e imponente; del Templo de Jerusalén adonde peregrinaban para la fiesta de la Pascua. En esta simple y sencilla aldea de Nazareth se produce el grandioso momento de la Encarnación del Hijo de Dios: momento muy silencioso, escondido, sin ser notado por nadie, sólo por María.

2-Tiempo: el texto dice en el sexto mes; no aclara cual ni de qué se trata, pero de acuerdo a lo que dice el Ángel, se trata del sexto mes de gestación del profeta Juan el Bautista.

3-María y el Ángel Gabriel son los que participan en este texto por medio de un diálogo. El ángel sólo habla aquello que Dios le encomienda, por lo tanto todo lo que dice es Palabra de Dios. Trae un mensaje para María, una propuesta de Dios, que como toda propuesta divina, provoca una cierta incapacidad para comprender el mensaje. ¿Cómo comprender un misterio? Podemos acercarnos a él, pero comprenderlo es arriesgado decirlo. Por lo tanto entra en juego la fe: una fe que exige una respuesta personal, pero que está arraigada en una comunidad que la vive y la edifica. La fe no es solitaria; es eclesial, porque el Espíritu Santo descendió sobre una comunidad de apóstoles. Ahora bien, María creyó en el anuncio del Ángel: ésta es su fe.

Cuando Dios habla se puede creer o no creer y María tenía plena libertad para asumir o no la propuesta. Pero ¿cómo no asumir el llamado de Dios cuando el corazón ya está preparado para escucharlo y recibirlo? Creo que es imposible decirle “No” al gran Amor de nuestra vida. La grandeza de María radica en la disponibilidad para cambiar su plan personal, en la confianza puesta en la Palabra recibida, en la obediencia a la voluntad de Dios. La propuesta que Dios le hace es ser madre del Salvador, y no hay muchos detalles en el discurso del ángel. Los detalles se verán en el transcurrir de la vida, en lo cotidiano, en las dificultades, en los momentos de gozo. De algún modo, el plan personal de María sigue en pie, pero Dios le ha dado su toque delicado: un plan donde Dios es el principal protagonista. Esto no quiere decir que María pase a un segundo plano. Los planes de Dios no eliminan a la persona, sino que la elevan, la hacen plena. Aunque para el mundo parezca todo lo contrario.

El anuncio del ángel no será descubierto del todo en el primer momento: María se irá descubriendo a sí misma con el correr del tiempo y de a poco comprenderá que no sólo será madre del Salvador, sino también de todos los creyentes.

El Ángel la saluda así: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. María ya estaba llena de esa gracia divina desde su concepción, pero desde el momento del anuncio, Ella toma conocimiento de este hecho divino en su vida, el cual no comprende pero confía que el Señor se hará cargo; Ella sólo guardará todo en su corazón. El saludo llega de improviso; Dios habla de improviso y descoloca al corazón, o mejor dicho, lo ubica desde una perspectiva diferente. Cuando Dios habla la vida del hombre no puede volver a ser la misma de antes. Dios no habla solo; busca al hombre para hablar con él. María estaba en la misma sintonía de Dios, por eso, el “Alégrate” del saludo entró armónicamente en su corazón; no hubo resistencia. Y es aquí cuando se produce el gran estallido de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de la Virgen.

También nosotros hoy recibimos este “Alégrate” del Señor. Por supuesto que nuestra fe lucha con muchos contrincantes, y en este año donde la fragilidad humana se ha manifestado concretamente, tuvimos y tenemos dos caminos: o aceptamos que estamos en un camino de fe, de entrega en las manos de Dios, de confianza en su plan, o nos abandonamos a los criterios mundanos de la buena o mala suerte.

“Alégrate” porque el Señor te sigue buscando para hacerte una propuesta; “Alégrate” porque el Señor tiene algo para decirte y es muy bueno. “Alégrate” porque en esta Navidad, el Señor te sigue esperando.